

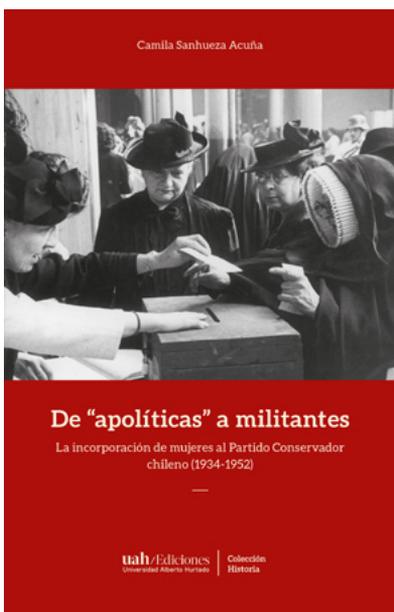
CAMILA SANHUEZA ACUÑA,
*De «apolíticas» a militantes. La incorporación de
 mujeres al Partido Conservador chileno (1934-1952).*

SANTIAGO: EDICIONES UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO, 2022, 221 PÁGINAS.

Marcela Vargas Cárdenas¹

La historiografía chilena transita, en este último tiempo, hacia el fomento de la publicación y reedición de obras centradas en la historia de las mujeres y los estudios de género, como una forma de visibilizar la ausencia de tantas en la narrativa histórica. Trabajos como los de Elizabeth Hutchison, Heidi Tinsman, María Angélica Illanes, Ximena Valdés, Margaret Power, Tamara Vidaurrázaga, Alejandra Brito, Ana Gálvez, entre otras, han demostrado que la historia sí puede complejizarse con la incorporación de otras categorías, como la utilidad del género para análisis histórico.²

De «apolíticas» a «militantes», escrita por Camila Sanhueza, se interroga por la relación entre las mujeres y la política, específicamente aquellas que fueron parte de la Sección Femenina del Partido Conservador (SF) y del propio Partido Conservador.



Para esto, la autora establece una trayectoria que va desde 1934 a 1952, contemplando algunos hitos de la historia política nacional, como las luchas por el derecho a voto femenino, su obtención, las elecciones, campañas y disputas ideológicas asociadas. Lo anterior, con énfasis en comprender las relaciones de género involucradas en el despliegue (y posterior repliegue) de las organizaciones de mujeres durante la primera mitad del siglo XX chileno.

Esta obra se inscribe en lo que su misma autora reconoce como “Historia política o Historia de género”, o más bien como prefiero denominarla, “Historia política de género”.³ En este posicionamiento se instalan las categorías que sostienen el trabajo con fuentes primarias y secundarias. Durante toda la narrativa emerge documentación para respaldar la coherencia de lo expuesto, como

- 1 Profesora adjunta Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad Austral de Chile. Estudiante programa de Doctorado en Historia, Universidad de Buenos Aires, Argentina
- 2 Scott, Joan, “El género: Una categoría útil para el análisis histórico” en *Lamas, Marta (comp.), El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, 1996, 265-302.
- 3 Camila Sanhueza, *De «apolíticas» a militantes. La incorporación de mujeres al Partido Conservador chileno (1934-1952)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2022, 29.

la prensa vinculada al Partido Conservador y su respectiva Sección Femenina, discursos, discusiones parlamentarias, estadísticas electorales y otros archivos pertinentes con la temporalidad de estudio. Las mujeres conservadoras pasaron de ser “apolíticas” a “políticas”, en tanto se convierten en militantes del Partido Conservador: “nunca fueron realmente apolíticas, desde el momento que se organizaron en agrupaciones extrapartidarias y levantaron sus voces respecto a la realidad nacional”.⁴ En esta última aseveración, la autora devela el hilo conductor de la obra.

En el primer capítulo “Mujer conservadora y Estado: la incorporación a la política chilena desde las elecciones municipales (1921-1935)”, la autora reflexiona sobre los espacios de socialización política de las mujeres chilenas, recurriendo a fuentes primarias y secundarias que exponen la participación de estas en la prensa, en la opinión pública, en la dirigencia de espacios de organización femenina,⁵ tanto obreros como de élite. En relación a esto último, el énfasis en agrupaciones conservadoras establece un contrapunto en la narrativa, al develar la importancia de las ideologías detrás de la lucha por la obtención del voto, y en donde emergen otras categorías, como la clase social. Es importante destacar la distinción entre movimientos feministas y movimientos de mujeres, en relación con las diferencias ideológicas y de clase, los objetivos y posibilidades de acción de aquellas que participaron en estas discusiones. El “voto político” era un objetivo, pero no el único para todas las mujeres que se manifestaron

desde mediados de siglo XIX. También estaba el acceso a la educación, el aborto, el divorcio, y otros derechos fundamentales para las trabajadoras, las madres, las dueñas de casa. El foco en estas distintas problemáticas será divergente entre las posturas existentes, sin embargo, en lo que respecta al sufragio femenino, existió una aparente transversalidad, que decanta con una primera conquista: la promulgación de la ley de Organización y Atribuciones de las Municipalidades (1934). Este hito marcó un precedente para el ingreso de las mujeres al Estado, y el posterior acercamiento de algunas de estas al Partido Conservador, develando además una de las críticas que persistió hasta el fin de su Sección Femenina: los vínculos familiares entre las y los militantes de estos espacios.

En el segundo capítulo, “El camino hacia la militancia: los orígenes de la Sección Femenina del Partido Conservador (1935-1941)”, la autora recorre la génesis de la SF, sus fundamentos, discusiones y relación con otras organizaciones, como el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer (MEMCh), además de analizar la composición de la SF y su rol dentro del Partido Conservador. Estos elementos son revisados a través del comportamiento electoral de las mujeres que se organizaron como conservadoras, sus alianzas con los partidos políticos tradicionales y cómo la opinión pública expuso estos hechos. En este punto, es interesante que la autora desde ya plantea la subordinación en la que se encontraban las militantes de la SF respecto de sus pares militantes del Partido Conservador. Esto estaría explicado, en

4 *De «apolíticas» a militantes*, p. 21.

5 El caso de Esther Valdés, dirigente de la Asociación de Costureras y directora de *La Palanca*, reconocido periódico obrero que abogó por exponer la realidad de las mujeres en tanto trabajadoras.

parte, por la ambigüedad interna respecto a la participación política de la mujer, dada la transgresión de su lugar de madre, esposa, dueña de casa, cristiana. Vemos que estos aspectos están en tensión, a propósito del despliegue de mujeres dirigentes de la SF (algunas de ellas, esposas o hijas de militantes dirigentes del Partido Conservador), quienes abogan por la importancia de la participación de las mujeres en los espacios de la política, cuestión que se concreta sobre todo en la acción social. El voluntariado femenino, del que también habla María Angélica Illanes en *Cuerpo y sangre de la política*, estaba concentrado en las mujeres de la aristocracia, y se profesionalizó a través de la creación de escuelas de trabajo social desde 1940, carrera universitaria que atrajo sobre todo a mujeres de la élite y clases medias.⁶ Las trayectorias de mujeres en tanto, estudiantes, en tanto políticas, en tanto “apolíticas”, están cruzadas por las posibilidades y condiciones materiales de estas. Las militantes de SF, además de formar parte de esa élite en el poder, tenían vínculos con acciones sociales que las legitimaban como mujeres “públicas”, y que a la vez las consolidó como militantes, en tanto captación de votos. Este elemento será importante para lo que la autora desarrollará en los siguientes capítulos, ya que ser “esposas”, “hijas” o incluso “nietas” de militantes conservadores también aportarán a esta legitimidad subordinada de la SF.

El capítulo tres, denominado “Estrategias políticas y definiciones doctrinarias. La configuración de la Sección Femenina y (re) organizaciones femeninas” aborda

los principios de la SF, a propósito del escenario global y local durante la década de los cuarenta. Crucial será el discurso anti-comunista, que vemos en la larga duración expresándose en las mujeres de derecha, como bien consigna la autora en las fuentes secundarias referenciadas. La defensa de la familia y de la patria frente la amenaza del comunismo fue un aliciente para promover la militancia de mujeres conservadoras. Asimismo, el feminismo encarnado en agrupaciones como el MEMCh, ya que desde esos espacios emanaron discursos que atentaron con el rol de las mujeres como madresposas (por ejemplo, el divorcio y el aborto). Estos posicionamientos ideológicos, que a su vez permitieron captar algunos votos a través de la acción social, debieron convivir con la falta de definición al interior del propio Partido Conservador. Sin embargo, fue la postura de la Iglesia Católica la que reforzó la inserción de las mujeres en la política como defensoras de su rol tradicional y la familia en lo público.

El último capítulo, “Auge y caída de la Sección Femenina. La obtención del voto político a la mujer y la división del Partido Conservador (1947-1952)”, se exponen las pugnas internas del espacio, considerando hitos como la Convención Nacional de 1947, las elecciones municipales de ese mismo año, la promulgación del voto femenino en 1949 y el quiebre del Partido Conservador -hasta ese entonces, el partido más antiguo de Chile. A esto se suma la creación del Partido Femenino en 1946, la avanzada caudillista y populista de Ibáñez y el sostenido anticomunista.

6 Illanes, María Angélica, *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las visitadoras sociales. Chile, 1887-1940*. Santiago: LOM Ediciones, 2006.

munismo abordado en apartados anteriores. La autora analiza el rol de figuras como las de Carmen Olivares, María Cifuentes Grez, y otras, para reflexionar en torno a sus liderazgos, despliegue y relación con el Partido Conservador. Vuelven a emerger fuentes primarias como documentos programáticos del partido, actas y prensa de derecha, que a su vez revelan las persistentes tensiones respecto al sufragio femenino, y en donde la izquierda sería protagonista ante la discontinuidad del compromiso conservador respecto al voto femenino. En esa misma línea, la posterior fragmentación del Partido Conservador y su Sección Femenina responde a una serie de disputas políticas internas y externas que detalla la autora durante todo el trabajo, con énfasis en este último capítulo: la doctrina social cristiana y cómo responder a los problemas generados por la Cuestión Social frente la avanzada del comunismo. El quiebre entre Partido Conservador Tradicionalista y Partido Conservador Social Cristiano se expresó en las disputas entre militantes de la SF, y a su vez en las elecciones luego de la obtención del sufragio femenino. La conquista del voto político -una de las metas de la SF y los feminismos liberales-, la emergencia de otras colectividades de mujeres, como el ya mencionado Partido Femenino, y la victoria de Ibáñez en la Presidencia, agudizaron el quiebre interno del Partido Conservador y su Sección Femenina. A partir de otros trabajos, como el de Julieta Kirkwood, que la autora referencia, sabemos que la disolución de la Sección Femenina no fue el único repliegue. Lo que Kirkwood señala como el “silencio

feminista”, significó el término (o latencia) de organizaciones feministas de todos los espectros políticos, como el MEMCh.

Nos parece relevante señalar, en función de la argumentación presente en el libro y sus conclusiones, la necesidad de profundizar en la-s militancia-s femenina-s: en los partidos políticos, organizaciones sociales, sindicatos, en el cotidiano, como bases, en el cotidiano. La autora rescata en sus proyecciones algunas de estas reflexiones, instalando la pregunta por los márgenes de las problemáticas históricas, donde las tensiones entre “lo privado” y “lo público” explicarían, en parte, la relación latencia y visibilidad entre mujeres y política, en la larga duración; y en donde el apoliticismo también se configura como posicionamiento político, en tanto la defensa por la familia toma forma de “maternalismo político”. Ya lo planteaba Elsa Chaney en *Supermadre*, al analizar a mujeres chilenas y peruanas que se desempeñaron en la política institucional desde que pudieron votar y hasta antes de las respectivas dictaduras de sus países.⁷ Los roles asignados en tanto madresposas también plantearon, luego del “silencio feminista”, la reorganización de mujeres como uno de los bastiones contra el comunismo, con una efervescencia y visibilidad conservadora latente por décadas. Esto en pos de la defensa a la familia, como el núcleo por excelencia a través del cual también se perpetúan los valores patrios y cristianos, y las mujeres promueven un familiarismo político desde su lugar de acción en lo íntimo, como voluntarias que ayudan al prójimo, al desvalido.

7 Chaney, Elsa. *Supermadre: la mujer dentro de la política en América Latina*. México: FCE, 1983.

De apolíticas a militantes nos permite reconocer en el agenciamiento de mujeres conservadoras, las continuidades y cambios en la relación de estas con la política y con el pensamiento conservador. Su contribución a la transformación de los cánones historiográficos, es una invitación a preguntarnos por aquellas trayectorias y experiencias que no han sido problematizadas o interpretadas, y que merecen ser narradas. Desde una historiografía cruzada con el foco de género, buscamos problematizar no solo a las mujeres como grupo social organizado, sino a todos los actores, ya que las relaciones sociales de género son relaciones de poder,⁸ y se hace necesario reconocer todas las estructuras de dominación para comprender su larga duración y los cambios. Particularmente, a través del análisis de las mujeres militantes, encontramos cómo operan las tensiones y disputas respecto al estatus público y de ciudadana, en diálogo con sus compañeros de militancia, con los principios del partido, o con ideologías contrarias a la impulsada, con sus propias redes familiares y la clase social, integrando nuevas lecturas para la historia política de Chile.

8 Scott, Joan, “El género: Una categoría útil para el análisis histórico” en Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, 1996